

Sobre la sed siempre insatisfecha*

Cientos, miles de relatos, novelas, ensayos y estudios científicos pormenorizados han tratado de establecer los vínculos que revelan el significado y la influencia del alcohol en el universo de la creación artística. Contadas obras, por contra, han logrado sugerir siquiera un acercamiento real a esta situación. Los ejemplos, aunque repetidos, son por esta causa los mismos siempre, y se refieren con mayor intensidad a corrientes literarias marginales, aisladas, en lugar de presentar un ámbito amplio, general, creíble, verdadero. Ello ha convertido el fenómeno en poco menos que una circunstancia fantástica.

Se identifica a Nerval, Baudelaire, Edgar Poe, Dylan Thomas, William Faulkner, Dashiell Hammett o Malcom Lowry como a personas que habitan en un reino de neblina donde llevan su verdad a cuestas, dando la espalda a las verdades cotidianas. Se les menciona, además, con frecuencia y en vano, completamente en vano. Personajes y escenario parecen irreales. La historia de la literatura, sin embargo, ha probado con un sentido radical e implacable que esos escritores no se equivocaron en su actitud de enfrentamiento con su época, aunque el alcohol formara parte esencial de sus posturas.

La novela de Abelardo Castillo, *El que tiene sed*, no incurre en los errores y tópicos enunciados más arriba. Tampoco refiere una pretensión soterrada de hipotética «representatividad» social, en cuanto que su protagonista, Esteban Espósito, retrata la conciencia malherida de un autor que quiere afrontar con carácter definitivo una década íntima e infernal de alcoholismo y degradación paulatina que le conduce, sobrepasándola, a una postura autodestructiva. Pero sí aborda de frente, y desde dentro, esa convivencia con una enfermedad devoradora.

Una historia es el pretexto último de *El que tiene sed*. El proceso de aniquilación de Esteban Espósito en equilibrio con la conciencia del límite final —conocido : la muerte— que aguarda en la necesidad incontestable del alcohol, vaso a vaso, botella a botella. La voluntad de frenar ese proceso visceral —en la reivindicación de esta naturaleza del beber sin medida, ansiando el reposo como la eternidad, la calma como la claridad más allá de lo aparente y convencional...—, o el valor casi épico de una *nueva oportunidad*, marca una variación en el curso del relato. Esteban Espósito utiliza como excusa el ansia por conocer al famoso poeta Jacobo Fiskler, internado en un manicomio por su condición de alcohólico, para someterse de mane-

* *El que tiene sed*, de Abelardo Castillo. Emecé Editores. Buenos Aires, 1.985. 255 páginas.

ra simultánea a un tratamiento de desintoxicación. El ánimo de pureza descansa en esta conducta.

Desde las primeras veinte páginas de *El que tiene sed* los elementos relevantes de la obra quedan planteados con nitidez, con un tono directo y acaso brutal. Todo ello recalca la importancia del mundo de Espósito, que aglutina en su ser todo lo que sucede alrededor. En principio, protagonista o simple encarnación del propósito indagador, inquieto, heterodoxo y novelístico de Abelardo Castillo, la figura de Esteban Espósito, por su autenticidad, es más que estimable. Nos habla desde sí y, podría decirse, *es hablado* por sus reiteradas caídas. Su distanciamiento de todo aquello que ama —la escritura, las mujeres, lo esotérico, lo misterioso de lo cotidiano— se confunde con su devoción por el whisky y las anfetaminas, que se cruzan en su deambular torturado de una forma violenta, constante. Por su lado, insinuando una independencia respecto a su personaje que ha de entenderse como un resorte literario, Castillo reproduce y refleja ese conflicto con una insistencia que en ningún pasaje roza lo monótono, mediante la creación de un idioma del delirio y las estremecedoras alusiones a las pérdidas de memoria, las pependencias de locales cerrados, suburbios, la nulidad sexual o el aturdimiento psicológico y emocional. Esteban Espósito se enfrenta a sí mismo, pero desemboca en la búsqueda de su espectro, que llega a conocer como si lo sorprendiese desde lo alto de una cumbre. Es él mismo quien siente la vida de otro ser en cada uno de sus gestos y sus actos, mas sin creerlo. Se diría que lo contempla en un espejo, plano como la pintura abstracta del último cuarto de siglo. Y apenas consigue reconocer lo que advierte en las imágenes que le acosan, propias o distantes. Tampoco acepta lo que ve, contra su oscura voluntad resistente.

Pero Esteban Espósito desea una redención. Quizá esta forma de exponer su situación sea incorrecta o, cuanto menos, inexacta, aún cuando representa un debate interior que excede la psicología de un personaje. Nos encontramos ante una lucha física y personal de Espósito donde la contienda milenaria entre el bien y el mal queda descartada por entero. La *redención* de Espósito, si así puede llamarse, consiste en la capacidad activa para vivir o para ver la muerte, despreciando al tiempo todo lo que el alcohol mitiga o arrolla con su simple presencia. Este empeño cristaliza en una labor paralela a la de Abelardo Castillo o a la de la novela, construida paso a paso, siguiendo la evolución alterada de un hombre o de un espacio donde se mezclan los pensamientos, los detalles insignificantes como los característicos, las citas intelectuales, las sentencias científicas y los estallidos de la agresividad o de la incomprensión del entorno. El trabajo de Espósito, al igual que en el caso de Abelardo Castillo —realidad y ficción se funden en el universo martirizado de las víctimas o de los fabuladores que asumen la defensa de éstos—, se resume en la búsqueda de una novela que retrate sin piedad la vida del alcohol en un territorio de despojos, en la existencia acribillada de un individuo vehemente, hipersensible, derrotado.

Sería arriesgado decir que Espósito se asoma con lucidez a lo que le ocurre desde el comienzo de su década tenebrosa de convivencia con el alcohol, de entrega a la

sed siempre insatisfecha. Pero en esa empresa el trabajo de Abelardo Castillo entronca también con el de su personaje. Espósito se confunde, esto es lo principal. Ha perdido su inquietud vital y no recuerda el lugar donde abandonó o fue abandonado. Las menciones de carácter intelectual sobre el alcohol y sus secuelas son frecuentes y, a pesar de que no contienen en sí un sentido funcional ni moralista, ilustran con claridad sobre la dimensión erudita en que la novela se atreve a plantear el conflicto de un hombre atrapado por una dependencia que excede cualquier medida imaginable. No se trata, en consecuencia, de elevar una situación a un plano mítico. Abelardo Castillo, como Espósito, permanece en lo cenagoso del mundo inmediato para narrar una experiencia intrasferible.

Otros personajes, más distanciados de su creador, responden al lenguaje que Castillo elabora describiendo ambientes sombríos o las aventuras y tribulaciones trágicas de Espósito, aportando a la visión de conjunto matices que permiten escapar del túnel obsesivo en que se hunde la vida del protagonista, guía indiscutible de la narración. Pero el punto de encuentro permanece en cualquier caso: en último extremo resulta imposible recordar, recuperar el sentido de lo ocurrido, la verdad que da origen a la conciencia y al ser del hombre, a su memoria, a su sensibilidad. Por este motivo, recogiendo el vacío del aislamiento, de la degradación, del dolor, de la desesperanza —la aniquilación forma parte de uno mismo, llámese Espósito, Fiskler, *hombre de los ojos de plata*, *Salustio*, personajes que cohabitan con el discurso novelístico—, ha de considerarse que *El que tiene sed* muestra una realidad donde la ausencia de todo sentimiento alcanza un sentido excepcional, captado con minuciosidad, fuera del tiempo, aunque partícula a partícula, sin que posean valor las sombras difusas del miedo o del enmascaramiento. Desde la primera página, Abelardo Castillo subraya que en su obra la única mentira —*necesaria*, por otra parte— de su trabajo, se concreta en la novela, en el camino elegido para dar libertad a la literatura, a un personaje verdadero que precisa voz, por lo increíble de su drama.

Con ello el esbozo de un relato que irradia numerosas referencias de orden testimonial. Si bien esto podía resultar peligroso para afirmar el valor expresivo de una ficción, en esta oportunidad ayuda a Castillo a reforzar la orientación fundamental de su obra por una ruta poética. De nuevo la valoración extrema del lenguaje y de la verdad nos dan noticia fidedigna de la sustancia profunda de la novela. Todas las fuentes a las que Castillo ha acudido para diseñar los perfiles del universo delirante de sus personajes son literarias y privadas, aunque en algunos capítulos se manifieste en connivencia con un interés desenfrenado por los juicios del psicoanálisis, y los informes y estudios médicos que reproducen la génesis de una enfermedad.

De este modo, Castillo provoca en algunos momentos la distancia que él ha sufrido al escribir o el choque lógico que asienta la ruptura de una cadena imperturbable y sistemática de imágenes terribles a través de un lenguaje racional y depurado en extremo. El contraste entre la expresión de Espósito, víctima, paciente, y los psiquiatras que le atiendan en la segunda mitad de *El que tiene sed* se encuentra, por estas razones, muy lejos de lo obvio.

Incluso podría sostenerse que la noción de juego interviene en la configuración del testimonio como literatura. Abelardo Castillo da lugar a que el miedo se exprese por sí mismo, sin intermediarios. En esto radica lo hermoso de su cuidada escritura, que se enfrenta a la improvisación como a los fuegos artificiales.

No obstante existe el juego. Un juego estructural sobre el que Castillo desarrolla su novela. La alternancia de lenguajes revela el significado del errar insobornable y despiadado de sus protagonistas —psiquiatras o artistas que viven destruidos, sin ocultar sus pasiones exterminadoras y sin que se oculten por casualidad los repliegues de sus conductas—, y nos conduce a lo ficticio, a lo ficticio en apariencia.

En ningún pasaje nos hallamos frente a un autor que pretenda cobijarse o cobijar, tras el idioma, tras los idiomas del dolor, aquello que nos transmiten sus escritores, sino acentuar las variadas formas que suscita una personalidad inquietante. Esteban Espósito siente y obra desde la inquietud de los seres acosados como por un absurdo o una tragedia inexplicable, y de ahí brota una multiplicidad expresiva sorprendente, en consonancia con las variadas sensibilidades a que su obra pasa revista. Esta riqueza, que defiende el valor de lo simbólico, de lo hiperbóreo, de lo emocional —de la exhuberancia de lo emocional, más en concreto— desliza cabos sueltos al igual que panorámicas concentradas, extraídas de la realidad, por una pluma ágil, disconforme, aunque lo básico de su saber y de su desenvoltura estribe en el respeto a contadas reglas propias de escritor torrencial, espontáneo, libre tras miles de lecturas efectuadas con ese mismo espíritu.

La novela es fruto y no simple producto mecánico de una manera de ver y afrontar la vida. Lo ilusorio, recuerdo u olvido de la razón, como señalaba Li Po, conforma la promesa de continuidad de ese coraje quede la existencia, como apreciamos por la actitud de Abelardo Castillo en *El que tiene sed*, salta a la literatura como única posibilidad para perpetuar lo sentimental, sin miedo.

Francisco J. Satué